

Última escena en la vida de una lectora

Cuento casi-fantástico

por Joan Manuel Gisbert

Elvira fue siempre una fiel lectora de literatura. Desde los ocho años, muy pocos fueron los días en que ella no diera vida a algunas páginas.

Ni las enfermedades, ni los viajes, ni los azares inesperados quebrantaron su costumbre. A veces, incluso la estimularon.

Tampoco su vida de casada, breve y sin resultado de hijos, se alzó como obstáculo. El que fuera su marido, lector sólo de periódicos, convivió a regañadientes con la afición de Elvira, pero nunca se opuso de modo frontal. Sus exigencias, de otra índole, quedaban igualmente atendidas por su mujer lectora.

Después de enviudar, vivió siempre sola. Tuvo diversos fuegos de amor, pero se consumaron fugazmente y le dejaron las más de las veces un regusto amargo. Su trabajo de administrativa en la Diputación y los frecuentes encuentros con sus dos hermanas la salvaron de una soledad excesiva.

Compraba libros regularmente, tras minuciosa y paciente elección, tanto

nuevos como de ocasión (más de estos últimos), en cantidades siempre superiores a las que necesitaba para mantener su ritmo de lecturas.

Así, de año en año, su reserva de volúmenes fue creciendo hasta alcanzar una cifra muy considerable. Pero eso no le producía desazón alguna. Por el contrario, veía en sus libros aún por leer una reserva de futuro placer asegurado.

No obstante, tantos llegó a acumular que le crearon serios problemas de espacio. Tuvo que desprenderse de una buena parte de los ya leídos, con esfuerzo de voluntad y una sensación de pérdida y de lástima.

Siguió pasando el tiempo y, un cierto día, poco después de haber cumplido los cincuenta años, sintió angustia por primera vez al contemplar los estantes donde se apretaban sus cientos de libros en espera de lectura. Se preguntaba, mirándolos:

—¿Me dará tiempo de leerlos todos? ¿Viviré lo bastante?

Desde aquel día, dejó de comprar nuevos ejemplares. Lo fue aplazando

de semana en semana, sin nunca decidirse a hacerlo, como si temiera agravar la duda planteada. Sin que pudiera evitarlo, la incertidumbre se le estaba convirtiendo en obsesión. Tuvo que poner en juego todas sus dotes de equilibrio para que la actividad que más amaba no llegara a dar sustancia a un absurdo desafío contra el tiempo.

Recobró al fin la calma al adoptar una curiosa decisión: cifraría su esperanza de vida, a lo sumo, en el tiempo que le fuese necesario para leer todos los libros que ya tenía (lo que, ciertamente, dada la cantidad que había reunido, no era corta aspiración).

A cambio, como en un conjuro propiciador o en una abdicación de lo desmesurado, se abstendría de introducir nuevos libros en casa.

La renuncia con la que obtuvo la paz consigo misma no era, en efecto, demasiado grande. Había disminuido ya mucho su curiosidad por las novedades literarias de última hornada. A su edad, ya empezaba a volver la vista atrás. Las obras que más le apetecían eran todas ellas del pasado. Y las tenía ya en casa, esperándola. No había, pues, mucho de que preocuparse. Su decisión le resultaría llevadera al máximo.

Sin embargo, algún tiempo después, hizo algo que nunca había hecho antes. Tras tantos años sin acudir nunca a echadores de cartas, quirománticos o pronosticadores de cualquier clase, Elvira visitó a un orientador muy particular.

Hasta entonces, siempre había evitado doblemente aquel tipo de consultas. Su lado racionalista se las hacía rechazar, por inútiles. Su vertiente fantástica se las hacía eludir con una prevención algo temerosa: «Hurgar anticipadamente en las cuerdas del destino sólo puede conducir a destempearlas», se había dicho. «Es mejor que la vida, paso a paso, las vaya pulsando; que lo que tenga que ser sea, sin más complicaciones».

El anuncio insertado en varios pe-

riódicos por un hombre que se autotitulaba como «Profesor en Amberes y otras ciudades del continente» la impulsó a romper su costumbre. Dicho especialista, conocido también como doctor Girbaud ofrecía a su paso por la ciudad «Estimaciones, diagnósticos y vaticinios en función de los equilibrios cuerpo-mente de la persona».

Cuando Elvira entró en la habitación de hotel donde el profesor recibía, Girbaud le pareció a primera vista un hombre triste y cansado. Tenía, aproximadamente, su misma edad. No daba la impresión de ser capaz de aconsejar a nadie. Ella temió haber dado un paso en falso y a punto estuvo de murmurar alguna excusa y salir apresuradamente de la estancia.

Sin embargo, aquella primera sensación quedó desmentida a los pocos

minutos de charla. Elvira no tardó en sentirse cómoda con Girbaud. Le expuso su caso con claridad y, al fin, con leve ansia en la voz, planteó su consulta:

—No sé si le parecerá una tontería, pero del futuro de mi vida me gustaría saber una cosa y sólo una, no quiero hurgar en lo demás:
¿me dará tiempo a

leer todos esos libros que me esperan?

El profesor de Amberes y otras ciudades del continente la tomó de las manos y se las abrió suavemente hasta dejárselas con las palmas vueltas hacia él. Pero apenas si se fijó en las rayas dibujadas en la piel. No actua-



TINTA FRESCA

ba como un quiromántico. Más parecía que había hecho aquello para establecer contacto físico con Elvira. Al poco rato, dijo:

—Por lejos que estemos aún de conocer a fondo la química secreta de tales fenómenos, lo cierto es que a veces se dan asombrosas coincidencias entre la duración de la vida de las personas y el tiempo necesario para la realización de deseos fuertemente alentados por las mismas. Es como si la vida engendrara un intenso deseo que la sostuviera y la alimentara. Opino que el suyo podría llegar a ser uno de esos raros casos. Reúne las condiciones necesarias. A mi modo de ver, fue acertada su decisión de no complicar las cosas añadiendo más ejemplares a la provisión de libros que ya tiene. Dejemos, sin embargo —aquí la voz de Girbaud se hizo algo misteriosa—, una rendija abierta: que alguna vez, no sabemos cuándo, un nuevo libro, uno nada más, pueda ser agregado al resto. Esa ocasión, si se presenta, vendrá seguramente por sí misma. Es decir: no la busque usted aposta. Por lo demás, siga leyendo a su ritmo acostumbrado, sin angustiarse queriendo correr demasiado ni, menos aún, yendo artificialmente despacio como si con eso su vida fuese a ser más larga. Estamos hablando de concordancias, no de prodigios o milagros.

Elvira salió reconfortada de la entrevista. Se daba cuenta de que Girbaud no había hecho más que decirle lo que ella esperaba oír, pero su modo de argumentarlo podía ayudarla a confiar serenamente en un destino amable y conforme a sus deseos.

Su vida siguió transcurriendo, placida y sosegada. Más que nunca, veía entre el leer y el vivir una especial fusión, un paralelismo alentador e incluso un poco *mágico*. Y cada libro, ciertamente, añadía un pasaje a su existencia y, por un tiempo, la *iluminaba*.

Con la llegada de la jubilación, años más tarde, aumentó su disponi-

bilidad lectora. Al tener más tiempo libre, le llevaba menos días acabar cada nuevo volumen. Pero esa intensificación se produjo de forma enteramente natural, no porque ella quisiera acelerar el curso de las cosas.

Su cuerpo se vio favorecido por un envejecimiento benigno y suavemente progresivo. Las inevitables limitaciones de la edad no le impidieron nunca llevar su vida con decoro y pudo siempre valerse en todo por sí misma. En aquellos años conoció una rara índole de felicidad. Más que en toda su vida pasada, no reconocía al leer grandes fronteras entre lo real y lo imaginario. Sin perder ni un ápice de su lucidez, se *movía* con la misma soltura en ambos campos. Los dos, por igual, la colmaban.

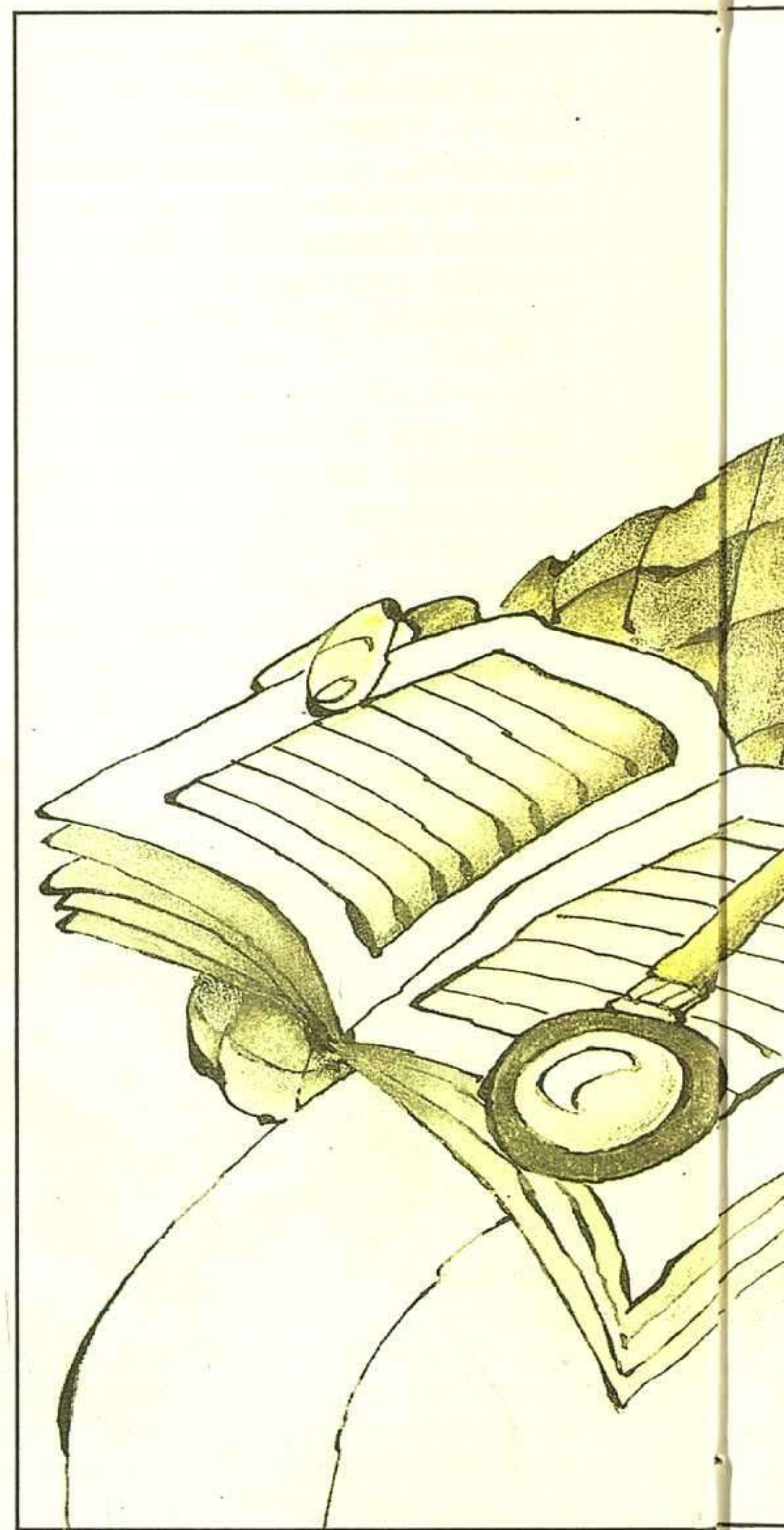
Más adelante, su gran preocupación fue la vista, el temor de que le fallara. Su edad era ya bastante avanzada. Notaba pronto fatiga en los ojos y la falta de abundante luz natural la incomodaba. Su mirada de lectora empezaba a estar muy cansada.

Pero aún pudo llegar, sólo con la ayuda de sus gafas, a seis libros de distancia del final. Esos últimos los tuvo que leer ayudándose con una lupa alemana. Resultó más lento y trabajoso, mas no por ello exento de satisfacción.

Estaba muy cerca de la plena consumación de su gran deseo de años atrás. Saberse próxima al fin no la entristecía. Había ido adquiriendo una agradecida aceptación de las circunstancias y daba su vida ya casi enteramente por vivida. Esperaba la perpetua paz como algo dulce a que entregarse al final de un largo camino.

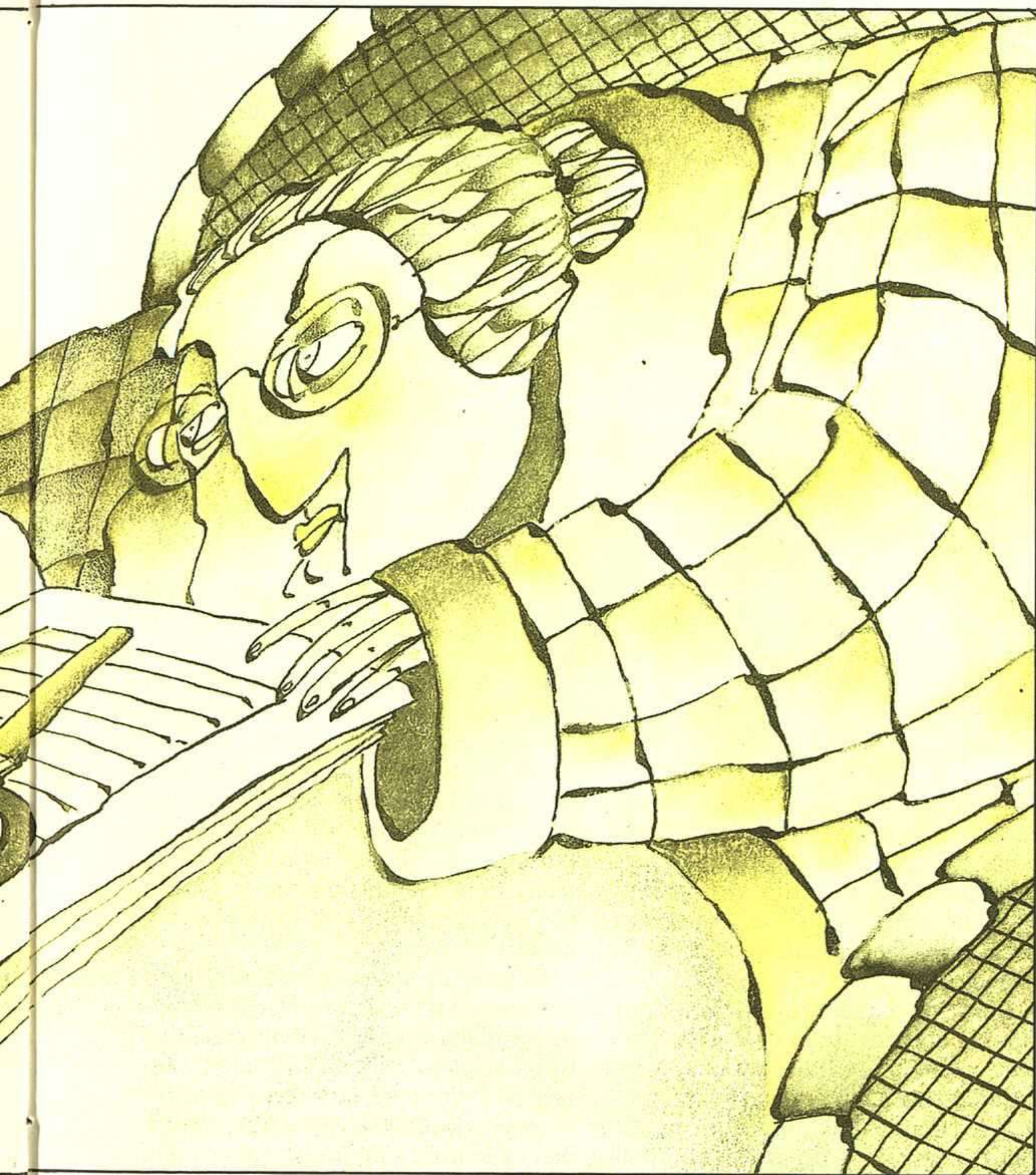
Pero, antes, aún iba a conocer un pequeño y singular prodigio.

Estaba enfrascada con su lupa en la lectura del último de sus libros, cuando recibió la inesperada visita de un desconocido. Aquel hombre de aspecto informal le anunció, con una peculiar emoción que ella no dejó de percibir, que una editorial estaba efectuando una promoción en la zona.



Por el mero hecho de haber acudido a abrir la puerta, le correspondía un libro de obsequio, sin compromiso ulterior alguno.

Elvira, recelosa de que pudiera tratarse de una estratagema comercial con secuelas enojosas, estuvo a un paso de rechazar el regalo. Pero dos factores se lo impidieron. En primer lugar, la especial emotividad que notaba en el visitante, quien no parecía



XAN LÓPEZ DOMÍNGUEZ.

un vendedor domiciliario. Y también, aún más, el eco de las palabras, nunca olvidadas, de Girbaud: «Que alguna vez, no sabemos cuándo, un nuevo libro, uno nada más, pueda ser agregado al resto. Esa ocasión, si se presenta, vendrá seguramente por sí misma».

La hipótesis nunca se había cumplido. Elvira se dijo que la ocasión anunciada podía ser la que tenía de-

lante. Difícilmente habría otra más tarde.

Así que, sin pensarlo más, aceptó el obsequio. Una vez efectuada la entrega, el visitante se la quedó mirando unos instantes con expresión de intensa y conmovida simpatía y se despidió cortésmente.

Ya a solas, Elvira puso el libro en el estante de reserva (que ahora estaba totalmente vacío) y reanudó su in-

terrumpida lectura a través de la lente de aumento de la lupa.

Unos días después, sintió curiosidad y quiso examinar el ejemplar tan singularmente recibido. Su título era *Cuentos casi-fantásticos*. La foto del autor figuraba en la solapa. Intuyendo algo sorprendente, ella se dio cuenta de que era el hombre que le había dado el libro. Enseguida descubrió que contenía una dedicatoria de su puño y letra.

Decía escuetamente así:

A Elvira, mi mejor homenaje

con la firma y rúbrica a continuación.

La anciana se estremeció. Pasó una página y dio con el sumario. Allí venían los títulos de todos los cuentos del volumen. El primero se llamaba de esta manera:

*Última escena en la vida
de una lectora*

Elvira buscó su comienzo y leyó:

«Elvira fue siempre una fiel lectora de literatura. Desde los ocho años, muy pocos fueron los días en que ella no diera vida a algunas páginas. Ni las enfermedades, ni los viajes, ni los azares inesperados quebrantaron su costumbre. A veces, incluso la estimularon.

Tampoco su vida de casada...»

Con lágrimas emocionadas y escalofríos siguió leyendo hasta el final. Los últimos párrafos eran los que siguen:

«Con lágrimas emocionadas y escalofríos siguió leyendo hasta el final. Los últimos párrafos eran los que siguen:

‘Así, en la existencia de Elvira, se dio al final una identidad completa entre vida y literatura.

Y supo entonces que su muerte sería dulce y tranquila, como lo había sido toda su vida’ ».